



CAPÍTULO

1

*He tragado su magia.
Llamo a sus espíritus.
Mis pensamientos corren como carros tirados por caballos
preparados para la guerra,
ardiendo por el fragor de la batalla.
Siento el sabor de su sangre en mi boca.
Veo a sus Kas llegar ante mí,
liberados del Mundo Inferior,
dispuestos a perseguirme.
Hablo de aquellos que se han ido,
tragados por la Noche Eterna,
tragados por el destructor,
sus almas amontonadas como huesos en un caldero.
La oscuridad desgarrada por las estrellas se aleja.
Un nombre regresa, recuerdos, imágenes,
y es como atravesar arenas movedizas,
o como tratar de ver a través de la cálida neblina del desierto.
Estoy de pie y los veo venir
pero no puedo distinguir sus formas o sus rostros.
Tantos nombres, tantas almas, tantos pensamientos,
tantos recuerdos,
hace tanto, tanto tiempo.
Solamente tú, Ramsés, Señor de las Dos Tierras,
fuerte en tu brazo y en tu espíritu,*

*encarnación de Horus, señor de las Coronas Gemelas,
guardián de la Diadema,
poderoso Faraón.*

*Tú debes saberlo, pues estuviste con nosotros,
en espíritu desde el principio.*

Éste es mi himno para ti:

*«Los cielos están nublados,
sus luces oscurecidas.*

*Los pilares del cielo tiemblan,
los huesos de los Dioses de la Tierra se quiebran.*

La tierra se serena bajo tus pies.

*Las criaturas del mundo
han visto a nuestro Faraón
mostrando todo su poder.*

*El Rey es el Señor de la Sabiduría,
es el dueño de los cuellos de los hombres.*

Ah bien, ya está encendido el fuego. El fuego despeja la bruma que acumulan los años. Veamos entonces, ¿quién soy? Pues bien, soy Mahu, ex general de los grandes faraones y amigo de ellos, y ahora vivo solo en una pequeña mansión junto al Nilo, donde abundan las palmeras. Por encima de sus verdes ramas puedo distinguir, entre la neblina, los tenues espíritus de las montañas. Esas montañas conocen los secretos. Ellas guardan la verdad acerca de Aquel cuyo nombre no se puede pronunciar, y el resto. Oh sí, el resto.

He comenzado mi confesión el decimonoveno día de Akhit, la Estación de la Inundación, en la que las aguas del Nilo bajan crecidas y fértiles, dando vida a las Tierras Negras. La Estrella del Can está muy alta en el cielo oriental; ahora se ha ido, lo mismo que los blancos destellos del ibis. ¡Todo son recuerdos! Los escribas del faraón también han venido y se han ido, así como Ojos y Oídos del faraón. Con sus ojos de cobra y su nariz aguilena, me recuerda al general Ramsés, con sus finos labios siempre retorcidos en una sonrisa afectada, ¿o era una mueca? Incluso ahora el fantasma de Ramsés se alza entre las sombras con todos los demás, mirando con aquellos ojos demasiado juntos, siempre cambiantes.

Me han traído comida, plumas para escribir y tinteros, rollos de papiro, un cuchillo de asta y una piedra de frotar. También han encontrado los diarios que fui escribiendo con el paso de los años. Éstos me servirán para recuperar la memoria. Voy a escribir todo lo que ocurrió. Quieren mi confesión, así que el faraón la tendrá... cuando despeje las brumas del pasado para hacer revivir aquellos gloriosos días del Magnífico, de Amenhotep III, con su panza gorda y sus muslos recios brillando por el sudor perfumado. Amenhotep el Magnífico, Señor de las Dos Tierras, Portador de las Plumas Divinas, sentado plácidamente sobre un taburete, con su propia hija libidinosamente sobre sus rodillas, con sus largas piernas colgando, llevando en una de sus delicadas manos un loto azul que había florecido al mediodía y en la otra un látigo con puntas de plata. Junto a él está la reina Tiye, de rostro pequeño y fiero corazón, una reina cuyos sueños estaban dominados por su misterioso dios. ¡Ah, ahí viene Maya! Con su viejo cuerpo cubierto por vestiduras empapadas en perfume y la cara más pintada que cualquiera de las jóvenes que cantan en los templos. Al siempre sonriente Maya le gustaba vestirse con ropas femeninas, tenía el rostro tan suave como la luna llena y un corazón igualmente cambiante. Sus labios, rojos y gruesos, siempre estaban húmedos, como si hubiera estado chupando sangre. Aquella boca desdeñosa se encontraba siempre lista para cantar sus propias alabanzas: «Cuando comencé era muy bueno», decía la inscripción de su tumba, «pero cuando terminé era brillante».

Las sombras cambian, y me muestran a Pentju, el médico, tan astuto como peligroso. Detrás de él está Huy, la gloria del faraón, seguido por Horemheb, el gran guerrero, con su enorme cuerpo, su imponente rostro macizo y los ojos de una feroz pantera. ¿Y Ramsés? Bueno, Ramsés está siempre a la sombra de Horemheb. ¿Y los otros? Oh sí, ya aparecerán. Nefertiti, «la Bella ha llegado». Camina, como siempre lo hacía, con su magnífica cabeza inclinada hacia atrás y aquellos extraños ojos azules mirando atentamente por debajo de los gruesos párpados. La sigue su hija Ankhesenamón, de una hermosura igualmente inquietante y traicionera. Lleva su peluca perfumada sujeta por una cinta de oro; sus ojos azulados están rodeados de kohl negro; un collar de plata rodea su hermosa garganta y su falda, bordada con cuentas trenzadas, golpea de manera provocativa contra la exquisita curva de sus muslos. Lleva puesta una sandalia

dorada mientras sujeta sin esfuerzo la otra en su mano. Detrás de ella está Tutankhamón, cariñoso y apacible con sus inocentes ojos oscuros en el rostro de un niño sonriente. Dominándolos a todos ellos, como una nube sombría que cubre el cielo, se encuentra el Hereje. El Velado, cuyo nombre no puede ser pronunciado. Todos ellos acuden a Mahu, y ¿por dónde podría empezar Mahu sino por el principio mismo?

Nací saliendo inesperadamente como una semilla podrida del vientre de mi madre, de manera tan brusca y tan dura que ella murió al mes, o por lo menos eso es lo que dicen los relatos aceptados. Mi padre, Seostris, un portaestandarte de los guerreros nubios de Medjay, no estuvo presente en el parto. Seguramente conozcáis ya a estos guerreros. Son las tropas auxiliares procedentes del sur. Hace muchos años, durante la Estación de la Langosta, el país de Medjay decidió unir su destino al de los egipcios al emprender la guerra a sangre y fuego, por tierra y por mar, contra los hicsos, unos bárbaros que convirtieron la ciudad de Avaris, en el Delta, en su fortaleza y amenazaron con poner a todo Egipto bajo su yugo. Tan insolentes se volvieron, que el príncipe de los hicsos envió un mensaje al faraón de la época diciéndole que mantuviera callados a los hipopótamos de su laguna porque interrumpían sus dulces sueños en Avaris.

El bravo Seqenenre aceptó el desafío y dio comienzo a una guerra despiadada aunque cayó abatido en el combate. Su hijo Amosis se puso al frente de sus ejércitos y, como el fuego que se propaga por la pradera, marchó contra los hicsos y los redujo a cenizas. Las doradas barcas de guerra egipcias hicieron añicos las defensas del enemigo a lo largo del Nilo. Las tropas de Amosis irrumpieron en Avaris y la arrasaron hasta los cimientos. Mis antepasados, los guerreros de Medjay, estuvieron junto a los soldados de Egipto y, gracias a esa ayuda, se selló un pacto de amistad eterna entre ambos pueblos.

Mi padre fue un guerrero desde el momento mismo en que salió del cascarón. Soldado nato, no se preocupó por mí. Mis recuerdos de él son difusos: un hombre firme y decidido, con la cabeza afeitada, vestido con faldellín y pectoral de cuero, botas de marcha en sus pies, cinturón de guerra ajustado en la cintura y un carcaj con fle-

chas cruzado sobre la espalda. Hombre orgulloso de servir al faraón, había recibido el Collar de Honor de Oro junto con las Abejas de Plata al Valor por matar enemigos en combate cuerpo a cuerpo durante la batalla. (Todavía poseo esas condecoraciones: el pesado collar de oro y las pequeñas abejas de plata talladas sobre un trozo de plata pura, con un broche de piedras preciosas para sujetarlo en la túnica). Lo recuerdo mostrándome el *khopesh*, la espada curva que usó contra el Pueblo de los Nueve Arcos, aquellos innumerables enemigos del faraón que envidiaban las riquezas de Egipto y deseaban apoderarse de sus ricas tierras y sus hermosas ciudades.

Mi padre me visitaba ocasionalmente, a veces acompañado de un asistente que llevaba su escudo ceremonial. Se agachaba y me observaba con frialdad. Sus ojos estaban surcados de arrugas después de tantos años de mirar a través del calor y el polvo de las Tierras Rojas. Desde el principio estuve solo. Vivía con la hermana de mi padre, Isithia, una mujer de rostro duro, fibrosa, de mirada penetrante y lengua afilada. Una mujer sin hijos cuyo marido se había ido al norte por asuntos de negocios y nunca regresó. ¡Yo entendía perfectamente por qué! Por cierto, dejó a Isithia bastante dinero y una mansión en el campo rodeada de altos y gruesos muros. Uno de mis recuerdos más intensos es el de estar jugando en los escalones de la columnata de entrada, decorada con palmas de color azul, verde y ocre rojizo. Alrededor de la casa había estilizadas columnas esculpidas que representaban papiros verdes con raíces rojas y capiteles dorados, un peristilo sombrío que proporcionaba la acogedora sombra contra el calor. Las habitaciones interiores tenían techos de vigas pulidas y pavimentos de baldosas: un vestíbulo, una sala de audiencias, otros salones y escaleras de madera pulimentada que conducían a las habitaciones superiores. Isithia y yo solíamos sentarnos en la amplia terraza, lejos del calor, para disfrutar de la fresca respiración de Amón. La casa estaba totalmente rodeada de verdes jardines, regados por un canal que venía del Nilo, sombreado por enredaderas trepadoras y con flores en los bordes. Era un lugar hermoso con gran variedad de árboles que delimitaban sus senderos: palmas, sicómoros, granados, acacias y terebintos. Todo el jardín estaba salpicado de elegantes pérgolas de colores en donde uno podía sentarse a disfrutar de las flores y de los diferentes aromas. En el centro había un estanque cuadrado, de agua cristalina con blancos nenúfares flotando en su su-

perficie. Ya desde niño podía pasar horas sentado allí, observándolos, viendo florecer el loto azul al amanecer y cerrarse al mediodía para hundirse bajo el agua mientras el blanco se abría únicamente al caer la noche.

Muy rara vez abandonaba aquella casa y aquel jardín. Solía quedarme en la terraza, muy cerca de los almacenes de cereales, apoyado en el enrejado construido alrededor del parapeto para evitar que me cayera. No es que Isithia se preocupara demasiado por mí. Era una mujer fría. La única criatura por la que alguna vez había mostrado cariño fue Seth, un feo perro saluki, un animal de guerra feroz, de épocas más turbulentas y que en mi juventud era una raza poco común. Seth la seguía siempre a todas partes. Ella llevaba también su matamoscas. Odiaba las moscas y los ratones. Cada agujero, cada grieta por la que pudieran deslizarse, eran generosamente tapados con grasa de gato.

La recuerdo sentada, con su matamoscas en la mano, en su sillón de respaldo alto y patas rematadas en garras de pantera. Aquel sillón tenía mucho que ver con ella. Isithia era una pantera de ojos rasgados y barbilla chata, una mujer alta que se vestía con ropa holgada y fajines bordados. Rara vez usaba peluca o sus sandalias de bordes de plata, siempre en manos de una criada que caminaba detrás de ella. Si las noches eran frescas, echaba sobre sus hombros un chal con flecos. Preparaba perfumes y medicinas para venderlos a una selecta clientela, y a menudo viajaba al Valle de los Pinos para recoger aquellas hierbas que no podía cultivar en sus propios huertos. En general, éstos producían suficientes frutas y verduras como para autoabastecernos, con cosechas de cebollas, puerros, lechugas y sandías. Isithia no iba mucho al mercado, pero contrataba a los mejores cocineros para comprar y preparar patos y gansos cebados. Siempre bebí la leche más fresca, endulzada con la miel de las colmenas del fondo del jardín, que guardaba en recipientes de cerámica, y cuando las abejas no producían lo suficiente, endulzaba la leche con semillas de algarroba. Cuando me portaba mal, sólo me daban el jugo de un tallo de papiro para chupar. Isithia nunca me golpeó, aunque a veces me agarraba por los hombros y me sacudía. Hacía su propia vida. Sus clientes llegaban por la noche: mujeres en busca de pociones y a veces hombres. Yo a veces escuchaba ruidos de golpes y gritos, pero no puedo saber si eran de placer o de dolor.